

## SENTIDO DE LA VIDA, FUNDAMENTO DE UNA "EDUCACION PARA EL HOMBRE"

Pbro. FERNANDO CIFUENTES G.S.Th.DR.

Desde que existen noticias del hombre se ha sabido que éste se ha planteado algunas preguntas. Entre otras muchas hay dos que dicen relación con el título de estas líneas:

¿Para qué existe el hombre?

¿Por qué debo seguir existiendo?

La primera puede ser algo académica, abstracta y fría. En efecto, es una pregunta que se han hecho muchos filósofos y pensadores en general, dando a ella diferentes respuestas; que son, a veces, tan frías y abstractas como la pregunta misma. Lo cual no debe extrañarnos si tenemos en cuenta lo que Aristóteles decía: el "para qué" señala la finalidad objetiva (del objeto) sin tener en cuenta el "motivo" del sujeto. Si nos preguntamos "para qué existe el hombre" es como si estuviéramos prescindiendo de que nosotros somos hombres y, que por lo tanto, estamos "comprometidos" en la pregunta y... en la respuesta. Detalle que suelen olvidar con frecuencia los que "enseñan" estos temas. Es tan grande el contraste que observamos entre la fría y tranquila "objetividad" de la exposición del tema de la vida y... de la muerte, y la angustia y desesperada "subjetividad" que notamos cuando nos parece que estamos cerca de llegar a la respuesta. Para algunos, la vida termina y se detiene como un reloj que se le terminó la cuerda o un auto que se le acabó la bencina. La diferencia está en que no notamos angustia ni curiosidad en estas máquinas cuando ello sucede. Tampoco en la planta o en los animales. Sólo el hombre se pregunta y "después qué...?"

Teniendo en cuenta lo dicho, parece indispensable hacer una distinción importante: Debemos distinguir entre aquellos que creen en una trascendencia del hombre y aquellos que, sinceramente, no creen en ella. Decimos "sinceramente", no hablando de los que "dicen no creo" apoyados en su postura "filosófica" o "científica". En ellos, todas sus ideas filosó-

ficas y su espíritu científico desaparecen justo cuando están a punto de encontrar la respuesta.

Nos parece evidente que no podemos reflexionar sobre el sentido de la vida, ni responder "para qué existe el hombre" si no tenemos una clara posición sobre la muerte. Toda la vida cambia según pensemos lo que significa la muerte; ésta que es tan cierta como la vida misma.

Reflexionemos en lo que debe pensar un hombre ante el deseo de poner término a su vida. Un hombre angustiado, oprimido por la desesperación de no poder superar las dificultades. Distinto debe ser si cree que después de la vida termina todo, o si piensa que en la muerte continúa algo importante. Todo lo importante por lo cual vivía y de lo cual "esta vida" era sólo un prólogo o una introducción. La muerte puede ser el fin de la vida o la continuación de ella más allá del espacio y del tiempo. Notable diferencia.

La reflexión sobre la finalidad de la vida nos lleva a otra sobre el origen de ella.

Para algunos, que piensan que el hombre es un ser puramente material, un animal evolucionado, el origen de su vida es el resultado de un proceso biológico que comienza en la satisfacción de un instinto que en un momento determinado, llevó a unirse a sus padres. La diferencia con los animales es que los padres conocen la relación entre la causa y el efecto e, incluso, pueden querer el efecto cuando ponen la causa o, al menos, aceptarlo. Podrían, además, haber evitado el efecto. Eso, ni más ni menos, son: Un efecto biológico de una causa instintiva. Por eso existen.

Para otros, que tienen una visión humana del hombre, que piensan que además del instinto existe el amor, ellos existen como un resultado de ambas causas. Fueron deseados, esperados y amados, aún antes de existir. Este amor previo continuó manifestándose después del nacer, entre sus padres, entre ellos y el hijo. Son y se sienten, como algo de ellos. Continuación de ellos. Reproducción de los padres.

Para otros, que tienen una visión trascendente del hombre, la causa de su existencia está en parte en sus padres, efecto del instinto y del amor, pero en parte princi-

palísima, en el "aporte" de Dios quien crea su alma. Tan principal es este aporte que sin él, todo lo que pudieran querer y hacer sus padres, sería infructuoso. Estos han sido **Pro-creados** por sus padres; es decir, sus padres **crearon-con** Dios. Puede haber faltado el amor de ellos pero nunca faltará el amor de El.

Qué distinto sentido de la vida tendrá según lo que piensen de su origen.

Todas estas diferentes respuestas a la finalidad objetiva de la vida, indudablemente influyen en el sentido de ella. Pero de una manera implícita y mediata, ya que suponen una reflexión que, ordinariamente, muy pocos la hacen. Es una causa primera a veces no muy consciente. Ella se hace presente en la finalidad subjetiva: ¿Por qué debo seguir viviendo? Son los "motivos" para vivir, los que "mueven" a seguir viviendo. Los estímulos para vivir.

En general, la respuesta es una: el hombre busca la felicidad. En la medida que se siente feliz encuentra una razón para seguir viviendo.

Para el que tiene una visión materialista de la vida, su felicidad la encontrará en la satisfacción de sus apetitos e instintos. La comida, la bebida, el sexo y todo lo que ve junto a ello, la ropa, la cama, el automóvil y, en una palabra, lo que hace posible todo aquello: el dinero. La riqueza es el primero de los motivos que le da sentido a la vida, al trabajo de muchos. El alcanzarla es la meta, el estímulo, es el motor que mueve a vivir. Si no la alcanzan son infelices, si la alcanzan a medias, son insatisfechos. Insatisfacción que siempre subsiste ya que cada meta se transforma en un punto de partida para otra más ambiciosa, más alta, más lejana. Por eso nunca son plenamente felices, la ambición del dinero no tiene meta. En la medida que este hombre "tiene" más "es" menos. En la medida que tiene más cosas materiales es menos hombre, es menos feliz porque es menos hombre. Cada vez le falta algo para alcanzar la felicidad y busca más dinero para tener más cosas y cada vez se siente más vacío. El triste niño único, sólo, rodeado de todos los juguetes, es una imagen y un anticipo del hombre rico que lo tiene todo menos la felicidad.

Ante esta situación cada vez más angustiosa, que le rodea de aduladores y lacayos, que en su interior le envidian y le odian, se siente cada vez más solo. Los que le rodean aman su dinero pero no le aman a él.

Entonces surgen otras metas, igualmente materiales y egoístas. Centradas en el YO. La ambición de poder, de honores, de aparecer en las primeras planas, de ser admirado y envidiado.

Riqueza y Poder se atraen mutuamente. Quienes tienen riqueza aspiran al poder, quien tiene poder desea la riqueza. La conjunción de ambos es lo peor para una persona o para un país. Juntar en una sola mano la capacidad de explotar y de dominar a los hombres. Cuando están separados se limitan mutuamente: cada uno, en este caso, es un freno para el otro.

Para aquellos que tienen una visión humanista de la vida, la felicidad la buscarán en la perfección del hombre en sus dos dimensiones, material y espiritual. Existiendo entre ambas dimensiones una escala de valores que no significa lucha entre ellos sino complementación y enriquecimiento mutuo. El que busca la felicidad en las satisfacciones materiales se encierra en los límites de la materia y su felicidad se agota en ella. El que usa los medios materiales en orden a otros bienes los trasciende, los supera y termina saliendo de sí mismo para llegar a otros. El que vive para comer encuentra su placer en los límites del plato; el que come para vivir... con otros, comparte la comida con otros y hace de ella una convivencia con otro, que está más allá de los límites materiales del plato, y que también llega hasta nosotros. La comida ha servido de vínculo de comunicación con otras personas, sin que ello signifique una disminución en el placer material sino al contrario. La felicidad o el placer compartido es doble felicidad. Por el contrario, las penas y los dolores "compartidos" son "repartidos". Se cumple el dicho popular de nuestro pueblo: "una alegría compartida es doble alegría y una pena es media pena".

El espíritu trasciende la materia, sale de sus límites, para encontrarse con otro; para comunicarse. El hombre es un ser esencialmente sociable. No alcanza la plena felicidad en sí; tiene que compartirla para gozarla. Cuando nos sucede algo bueno corremos a contarlo, no lo gozaríamos

plenamente sin que otros lo compartan y para ello tienen que conocerlo, apreciarlo y gozarlo con nosotros. El egoísta no se alegra con el gozo del hermano, le envidia. Para el egoísta el gozo no se comparte, se encierra en sus propios límites y, como no puede expandirse, se agota y muere. Como una planta no puede crecer por lo estrecho del macetero, al no poder crecer muere. En su propio egoísmo está la causa de su infelicidad. La solidaridad es la antítesis de la soledad.

El compartir la felicidad hace más felices a los hombres. Por eso celebramos los acontecimientos gratos y toda celebración supone compartir, salir de sí mismo, comunicarnos con otros. Supone también que los otros sientan como suya nuestra alegría y este sentimiento se manifiesta hacia nosotros y en esta comunicación la alegría crece, se expande a otros y mientras más repercusión tenga, más crecerá. El efecto de esta convivencia es la unión entre los hombres, único fundamento de la paz. Pero no un simple orden que es tranquilidad exterior; no se trata que "cada uno viva su vida" como un conjunto de seres individuales no comunicados. Un montón de ladrillos pueden estar muy "ordenados" pero no están en paz. En un cementerio no hay "desorden" pero tampoco podemos decir que haya paz, la verdadera paz es una comunicación vital, de momentos alegres y de momentos tristes.

La tristeza, como la alegría, tiene que ser compartida. Debe ser comunicada para que se alivie y se transforme en consuelo y, por último, en felicidad. Si la pena se encierra en nosotros mismos, en la soledad de nuestro egoísmo, va ahondándose más y más. Nos va carcomiendo como un cáncer, que no se nota por fuera pero que consume y destruye por dentro. La pena compartida es una válvula de escape que desborda nuestro espíritu. Tal vez unan más a los hombres las penas compartidas que las alegrías mismas. ¿Cuándo se siente más unida una pareja? ¿Cuándo celebran el cumpleaños de su hijo, con pitos, globos, gritos y risas o cuándo ambos están al lado de su cama, porque el hijo está enfermo, y están compartiendo la angustia expectante? Creo que nunca se sienten más unidos que cuando comparten una pena. Nunca su amor conyugal está más presente.

Para un humanista trascendente, la comunicación de alegrías y tristezas no sólo alcanza a los demás hombres sino que llega hasta Dios. Pero no sólo con Dios, sino con

los hombres y Dios. No con un Dios mío sino con un Dios nuestro. Dios no es mi padre y mi amigo, sino nuestro Padre y nuestro amigo. No es mi hermano, es nuestro hermano. Así como no hay nada más inhumano que el egoísmo en nuestras relaciones con los hombres, no hay nada más antirreligioso que el individualismo religioso, la acción misma de toda religión es la unión del hombre con Dios y con los demás hombres. Por eso en todas las religiones hay templos. El lugar donde los hombres se unen para dar culto a Dios. Es la comunidad la que se une con Dios, no cada uno por su cuenta. El signo del pecado es el individualismo. El primer efecto es el dejar de ser hermanos. El que vive "su vida" no vive la vida de Dios en él. Es la lección de Caín.

De estas reflexiones se deduce que: la educación es ayudar a un ser humano para que se desarrolle y alcance la plenitud de su personalidad, esta plenitud de hombre incluye la felicidad; no la felicidad absoluta, al menos en esta vida, sino una felicidad que incluye penas y alegrías; alegría de vivir aún con los dolores de esta vida. Pero como esta plenitud no la podrá alcanzar en sí mismo sino en medio de otros hombres, es necesario que se ponga acento en algunas virtudes.

El hombre por ser inteligente debe amar la **verdad**. La verdad debe vivirse en **autenticidad** con su propia conciencia y con **sinceridad** con los demás. Toda **mentira** de palabra o de actitud debe ser radicalmente eliminada. La mentira de actitudes es la **hipocresía**. Para que el hombre pueda llegar a la plenitud de su ser como tal debe **conocerse a sí mismo y conocer a los demás**. Debe buscar la respuesta a qué es la **felicidad verdadera**. Debe conocer lo que vale realmente y lo que es sólo un medio para alcanzar un verdadero valor. Así podrá valorar las riquezas materiales y ubicarlas en su conveniente lugar en la escala de valores. Debe aprender a **comunicarse** con los demás para integrarse en **comunidad** (familia, curso, colegio, país, humanidad) y para ello tendrá que ser **generoso**, no tanto de las cosas sino de sí mismo. Así encontrará un sentido positivo de la vida y sentirá que vale la pena vivir.